

EL TAMAÑO DE LOS POLITICOS

JUEVES, 12 DE ENERO.

Comprendo que haya hombres a los que les guste estudiar la vida de las hormigas, de las abejas, de las moscas, de las pulgas, de las cucarachas, de los saltamontes, de los mosquitos tipo stuka y de los que, de un silencioso picotazo, te condenan a dormir eternamente, pero particularmente a mí todo este género de bichos no me interesa nada. Y menos aún ponerme al microscopio para observar las costumbres de las amibas o de otros de sus colegas, prácticamente invisibles hasta principios del siglo XIX, cuando Jackson Lister perfecciona el aparatejo diseñado por Van Leewenhock, y cuya peligrosidad mortal conozco por útiles referencias y hasta por alguna experiencia personal e inolvidable. Este desdén hacia lo infinitamente pequeño es lo que hace que me resulte tan penoso y difícil el tener que referirme a los políticos actuales, cuyo escalón zoológico se sitúa, según mi manera de pensar —que puede estar sujeta a error, aunque no lo creo—, en zonas de observación todavía más alejadas de la percepción microscópica que la amiba, la cual, si tuviera que ir al sastre, obligaría a éste a medir su traje por micras, que mi amigo el sabio me dice que es la milésima parte de un milímetro. No es una



coincidencia que el microscopio se consolide y perfeccione al compás de la democracia moderna.

Con esto no pretendo disminuir el tamaño de nuestros políticos nacionales. Considero que a Carter le sobra con micra y media para hacerse un frac y aún le queda para una bufanda, y que, con dos micras, Giscard tiene para un traje de tirar faisanes y le sobra un retal suficiente para un traje de gala de su señora. No se trata, pues, de ofender el tamaño de nuestros políticos, sino de precisar técnicamente la medida de los políticos en general, y muy singularmente de los de este último tranco del siglo XIX.

Después de esto se compren-

derá que no me haga eco de las declaraciones y contradecaraciones de Carlitos Ollero, senador de designación real, y cuyo tamaño hubiera sido el mismo de pertenecer a los «cuarenta de Ayete», cosa que le hubiese chiflado, o a la secretaría política de don Felipe II, o al Instituto de Estudios Políticos, donde creo que se posó, o a la redacción de «Arriba», por donde merodeaba con artículos de colaboración en torno a Xavier de Echarri, a Ismael Herraiz o a José María Sánchez-Silva. Del mismo modo queda explicado que la retirada de Osorio desde el frente consejeril del presidente —que con una micra escasa se hizo camisa azul, guerrera blanca, chaqué, frac y aún le queda tela para el manto ducal— a su casa a escribir un libro, que es la impenable tarea de todos los políticos en cuanto se apartan mínimamente del poder, no tendrá tampoco ningún comentario mío, salvo el literario que pueda merecer su próxima obra.

Sin embargo, los políticos microscópicos pueden llevar la muerte en sus manos. Véase, sin ir más lejos, la enfermedad que aqueja gravemente a la España de hogar.

**Rafael
GARCIA SERRANO**